



REVISTA
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

ISSN:0120-2367

Fundador:
Alfonso Mora Naranjo
Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
John Jairo Arboleda
Secretario general:
Luquegi Gil Neira

Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora:
Luisa Santa
Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra
Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Luz María Restrepo, Alonso
Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,
Carlos Vásquez.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

minúsculas



Ciencia y cotidianidad

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Comencemos con una declaración que no es obvia, aunque sí evidente: los humanos ya deberíamos tener colonias en Marte. Es una declaración evidente porque la lógica de la supervivencia la impone y el estado del arte en tecnología la apoya. Contamos con las bases técnicas necesarias para iniciar el proceso y para encontrar las tecnologías que aún nos faltan, tenemos también la riqueza como especie, e incluso la necesidad, pues un enorme planeta con recursos inexplorados y enormes extensiones vacías nos permitiría solucionar buena parte de nuestros problemas. Además, una colonia por fuera de la Tierra aseguraría la supervivencia de la especie en caso de una amenaza planetaria que hoy, gracias a nuestras crecientes interconexión e interdependencia, es más posible de lo que fue nunca, pues peligros como una epidemia global eran impensables hace solo un par de siglos.

Sin embargo, no es una declaración obvia porque nada tiene que ver con la vida cotidiana de la mayoría de los hombres y mujeres que habitamos sobre este planeta, y por eso la colonización de Marte no se va a dar en el futuro cercano. Simplemente no es una prioridad en la política internacional, ni existe por ello la voluntad para lograrlo. Valga recordar que no nos hemos puesto de acuerdo en tomar las acciones necesarias para acabar con la pobreza, reducir la cantidad de contaminantes que están envenenando la biósfera, o hacer que 2.500 millones de personas sedientas tengan acceso a agua potable, ¿cómo vamos a ponernos de acuerdo entonces en construir una ciudad en otro planeta?... Y la colonización de Marte es una empresa tan grande que sería preciso un compromiso global para llevarla a cabo.

Pero no todas las empresas tecnológicas requieren de tal colaboración. Hay ambiciosos proyectos en marcha que dependen solo de un gobierno. Y la poca participación de la especie como un todo no implica que no nos afectarán profundamente a nosotros o nuestros descendientes, posiblemente en un sentido muy distinto al que podemos imaginar desde ahora, tal como el microondas o internet misma son desarrollos de proyectos que en un inicio tuvieron una orientación militar: el menos altruista de todos los propósitos para la investigación, valga recordar, pero uno de los que tiene mayor presupuesto.

Exploremos dos ejemplos entre muchos posibles. En febrero,

el presidente de los Estados Unidos Barack Obama anunció que quiere hacer con el cerebro humano lo que ya hizo el Proyecto Genoma con los genes: un mapa que permita entender su funcionamiento. Muchos científicos la consideran la empresa científica más ambiciosa nunca emprendida. Los detalles de las tecnologías a utilizar no están del todo claros —algunos nanocientíficos proponen, por ejemplo, una “flota de moléculas” artificiales para explorar los procesos cerebrales—, pero sí es claro que en el caso de llegar a un resultado, este proyecto científico puede tener consecuencias mayores en la historia. Una especie inteligente que comprenda el funcionamiento del órgano de donde surgen el pensamiento y las emociones, del siempre mutante depósito de la memoria y la personalidad, tendrá en sus manos una herramienta sumamente poderosa.

Ahora, como toda herramienta, un mapa del cerebro podrá usarse para acercarnos a metas utópicas —por ejemplo, curar el Alzheimer o el Parkinson, o desarrollar tecnologías educativas más poderosas y rápidas que lo que nunca hemos conocido— o a sociedades distópicas —como un ejemplo entre muchos, dándoles a los gobiernos métodos de control invasivos que eviten la disensión y mantengan las inequidades—. Incluso puede sentar las bases para una integración hombre-máquina, cuyas consecuencias son imprevisibles en este momento y difíciles de categorizar desde ya como positivas o negativas.

Otro proyecto que científicamente va más allá aún, hasta los límites de lo imposible, es el que se lleva a cabo en los laboratorios Eagleworks de la NASA. Allí se estudian nuevas tecnologías de propulsión para los viajes espaciales. Y entre los numerosos proyectos del laboratorio, uno se lleva la palma en ambición, pues busca desarrollar un método para hacerle trampa a las leyes del universo. Según postuló Miguel Alcubierre, un físico mexicano que fue el primero en demostrar la posibilidad teórica del método en 1994 —antes de que Harold White, un científico de la NASA perfeccionara el modelo—, ya que no es posible viajar más rápido que la velocidad de la luz, teóricamente sería posible crear un anillo alrededor de una nave que distorsionaría el espacio-tiempo, creando una región de espacio contraído adelante y otra de espacio distendido detrás. Así, aunque la nave nunca superaría la velocidad de la luz, sus efectos —al contraer el espacio-tiempo— serían los mismos que si se hubiera viajado más rápido que la luz. Algo así como el salto WARP de la nave Star-Trek, según la serie creada por Gene Roddenberry. Aunque no sería un viaje instantáneo, nos permitiría llegar a las estrellas más cercanas en semanas o meses en lugar de años o décadas. El problema es que para desarrollar el “motor” de una nave así, necesitaríamos como “combustible” materia de masa negativa, un tipo de materia que no sabemos si existe en alguna parte del universo, ni si es posible crearla, aunque teóricamente se pueda

tener cierta idea de lo que podríamos hacer con ella si pudiéramos encontrarla.

Estos dos proyectos vienen a demostrar lo que ya dijimos en un inicio. Lo cierto es que por muy poca participación que la mayoría de los habitantes del planeta tengamos en proyectos científicos de envergadura o cuánto desinterés nos provoquen, nosotros o nuestros descendientes sentiremos sus consecuencias en el futuro, bien sea en el hospital, la escuela, la prisión o nuestro mismo hogar. Puede ser que gracias a estos descubrimientos nuestros descendientes aprendan una profesión en solo un día gracias a implantes en zonas específicas del cerebro, o que se vuelvan esclavos de una nueva casta de superhombres imposible de deponer, pues siempre pensará más rápida y efectivamente que el resto de la humanidad. Pero sea como sea, lo paradójico del caso es que termine bien o mal el esfuerzo, si nuestros descendientes un día miran al cielo tratando de encontrar el planeta Tierra entre las irreconocibles constelaciones de su nuevo hogar, probablemente pensarán más en nosotros de lo que nosotros nunca pensamos en ellos, y nos asignarán una responsabilidad en su felicidad o su desdicha que realmente no tuvimos, ni quisimos, ni asumimos. Y luego, muy probablemente, también ellos volverán a centrarse en las labores del día. ■

agarlon@hotmail.com



Hacia el corazón del Amazonas

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Siento especial atracción hacia esos libros que, de autor desconocido y editorial dudosa, se le atraviesan a uno en el camino para darle una sorpresa. Casi siempre se trata de libros que son la obra única de una persona que no se dedica a la escritura, y que están por fuera de todo circuito comercial. Pero es en esas páginas vírgenes donde suelen encontrarse, en lo que se refiere a la vitalidad de su contenido, verdaderos tesoros. Y creo que este es el caso de *Hacia el corazón del Amazonas*, un relato de viaje de Valerie Meikle.

Valerie nació en Inglaterra, y desde pequeña mostró inclinación hacia los senderos que se perdían lejos de casa. Cuando era apenas una niña se iba de paseo a otros barrios; más tarde recorrió los pueblos vecinos en bicicleta, y luego, a sus veinte años, atravesó Europa de punta a punta echando dedo. Por esa época se casó en Roma con un estudiante de derecho bogotano, con quien luego vendría a vivir

a Colombia. Como ama de casa y madre de familia, Valerie renunció a los viajes, y cuenta que apenas se movía de su casa, en el carro, con el chofer y las niñeras. El amor tuvo que acabarse para que se despertara en ella de nuevo su profunda vocación viajera.

Ese fue el comienzo de un período de nomadismo que terminaría con una larga estadía en la selva peruana, desde donde daría comienzo al “viaje de su vida”: recorrer el río Putumayo hasta su desembocadura en el Amazonas, a remo y con un solo acompañante, por espacio de mil quinientos kilómetros. El relato, lejos de ser un mero recuento de una proeza física, que lo haría vacío y pueril, narra la asimilación de todo un proceso de aprendizaje interior lejos de la civilización. En ese punto, ella y su compañero sentimental habían renunciado casi completamente al uso del dinero y de los antibióticos, y por momentos esa negación pudiera leerse como cierto fanatismo. Pero a medida que los personajes avanzan corriente abajo, el lector se da cuenta de que cada una de esas elecciones tiene un sentido, pues reivindicar el valor de mantenerse a prudente distancia de todo aquello que aleja al ser humano de la naturaleza.

Los dos viajeros hacen el recorrido en una canoa que los indígenas Secoya les han proporcionado; mientras él va remando en la parte de adelante, ella dirige el timón desde la popa. Entre el alto Putumayo y el Amazonas se demoran cinco meses, durante los cuales la corriente y la enfermedad marcan el ritmo de su avance. Por lo

general, se detienen a pernoctar en pequeños bohíos a orillas del río, donde son recibidos con una generosidad olvidada en la ciudad. O pasan la noche en la misma embarcación, acondicionada con un techo de palma y un mosquitero. Reflexionando sobre su propia aventura, Valerie dice que la adicción que tenemos a “ir sobre seguro” no solo amella el filo de nuestra existencia sino que es un insulto a nuestra fuerza vital, la cual se renueva cada vez que confiamos en ella; cada vez que tomamos un riesgo.

Hay que resaltar que, en el momento del viaje, en el año 1993, Valerie tiene cincuenta y seis años, lo cual si bien no es propiamente una edad avanzada, sí podría ser considerada como una excusa válida para quedarse en casa. En el fondo, el viaje entraña para ella la ilusión de dar solución a una encrucijada: ¿debe volver a la ciudad junto a sus hijos —todavía adolescentes— de su segundo matrimonio, o debe seguir internándose en la selva, como es el deseo de su compañero? Mientras tanto, el río se hace cada vez mayor, la corriente aumenta y se forman grandes remolinos que los obligan a navegar con prudencia cerca de la orilla.

En cierto lugares, los dos viajeros se detienen apenas una noche, pero en otros se quedan hasta un par de semanas, según las posibilidades y el cansancio. Su condición de peregrinos, sumada a la soledad de la región, hace de los recién llegados una noticia casi siempre agradable. Cada lugareño tiene una historia que contar, a cambio de que

le sean relatados los inconvenientes del recorrido. En las horas muertas, Valerie escribe su diario, que según ella le ayuda a entender el sentido del viaje. Sobre el miedo a las vicisitudes, ella dice lo siguiente: “Tan pronto como estábamos de nuevo en el río, frente a lo desconocido, todos nuestros miedos se disipaban. Estábamos llenos de excitación y optimismo, y de una certeza interior de que lo que pudiera ocurrir en el camino ocurriría, y que nosotros lo viviríamos, lo viviríamos hasta el final”.

En la medida que se acercan al río Amazonas, las poblaciones se hacen cada vez mayores. La gente se torna más desconfiada y el trueque de alimentos por manillas tejidas ya no funciona con la efectividad de antes. De ahí que donde la mayoría de las personas encontraría comodidades, Valerie y su compañero comienzan a sentirse fuera de su elemento. El dinero se hace de pronto imprescindible, y ya no pueden ir al baño simplemente sentados sobre el borde de la canoa. En ese momento del recorrido, Valerie recuerda el día en que, después de su separación en Bogotá, fue a dormir donde una amiga que no tenía casi nada salvo un colchón y unas pocas cosas, y comprendió que lo que ella más valoraba en la vida era la simplicidad. Durante el viaje, ella llevaría al extremo ese rasgo de carácter.

Al final, el yagé le permitió a Valerie resolver su encrucijada. Decidió no internarse de nuevo en lo profundo de la selva, pero tampoco volver a la gran ciudad. Se quedó a vivir en las afueras

de Leticia, donde pudiera cumplir con su papel de mamá sin renunciar del todo a sus principios. Allí, en ese punto medio, se sentó a escribir *Hacia el corazón del Amazonas*, en un lenguaje sencillo, directo y vital.

El libro fue escrito inicialmente en español, aunque la versión que cayó en mis manos está en inglés (*To the Heart of the Amazon*). Me la encontré a la venta en una maloca turística cerca de Leticia, donde pasé la noche al abrigo de los misteriosos sonidos de la selva. Había cuatro ejemplares con las hojas no solo torcidas por la humedad sino manchadas en el borde por rastros de algún bicho, pero los libros estaban allí como un fruto más del bosque tropical, al alcance de cualquiera. Al momento de partir me dijeron que Valerie vivía a unos kilómetros de allí, donde, si quería, podía ir a visitarla. Ya no tenía tiempo y me quedé con las ganas. Hago ahora la cuenta y creo que debe ser una señora de setenta y cinco años, seguramente llena de historias y enseñanzas sencillas sobre la vida, que es como uno a veces imagina a los buenos escritores. ■

agromena@gmail.com





Noticias y análisis de actualidad permanente

Contar lo que hacemos es un deber constitucional
Conocer lo que hacemos es un derecho ciudadano

<http://almamater.udea.edu.co> • almamater@udea.edu.co



Y qué

PALOMA PÉREZ SASTRE

Yo soy rosa como toda cosa.
Gertrude Stein

A pesar de que hace pocos años se prohibió en Colombia la ablación del clítoris practicada por algunas comunidades indígenas, siguen produciéndose aquí muertes de niñas por esta causa. Según Unicef, seis mil niñas entre cuatro y diez años son mutiladas cada día en el mundo. Varias son las razones para la persistencia de esta costumbre atroz; mencionaré tres: la primera, es curioso, estética: se consideran feos los genitales femeninos. La segunda, la más evidente: limitar el placer. En *Una breve historia de la misoginia*, Jack Holland (2010) dice que en Occidente el rechazo al placer clitoridiano hasta bien entrada la década de los cincuenta se sustentaba en la creencia de que, gozándolo, la mujer se rebelaba “contra su papel biológico y predeterminado de paridora de niños”.

Detendré mi atención en el tercer motivo para despojar a las mujeres del órgano del placer: evitar que sean lesbianas. Esta razón, aún esgrimida por los indígenas, fue compartida por algunos médicos occidentales. Cuenta Holland que la masturbación femenina se consideraba “una perturbadora señal de tendencias ‘masculinas’, las cuales, entre otras malignas consecuencias, podían conducir al lesbianismo, la ninfomanía y una multitud de horripilantes enfermedades”. Es más, Holland trae una cita del *British Medical Journal* (1867) que describe con detalles el remedio para tales trastornos: una cirugía de clitoridectomía efectuada a una niña de nueve años. No fue el único caso, pero esta práctica elogiada por unos —los arzobispos de Canterbury y New York, entre otros— y rechazada por otros, terminó por desaparecer del ámbito médico.

A todas estas, una vez más me pregunto cuál es la bronca, por qué tanto prejuicio cruel y gratuito. Discriminación y violencia les espera a las mujeres que no se someten. Con otras mutilaciones se castra, se despoja y se castiga con mayor rigor a las que gravitan fuera de órbita.

En el año 2000 leí en *El Malpensante* un artículo de Alfredo Grieco titulado “La vida secreta de los diccionarios”, en el que dice que en la academia francesa todos sus cuarenta miembros han sido hombres, y aclara: “ninguna señora: la primera fue la lesbiana Marguerite Yourcenar en 1979”. Entonces resulta que lo lesbiana quita lo señora. ¿Desde cuándo? Y,

¿cómo sabe Grieco que los demás 39 “inmortales” —así los llama—, han sido “señores”? Bastaría aplicar una estadística simple para suponer “señoras” al 10% de los académicos, al menos. Con qué arrogancia despoja el articulista a la autora de *Memorias de Adriano* de su dignidad de mujer, ¿cómo se atreve?

Alfred Nobbs, el personaje caracterizado por Glenn Close en la película del mismo nombre dirigida por Rodrigo García Barcha (2011), un camarero de hotel serio e impecable, es en realidad una mujer que se ha visto obligada a ocultar su condición femenina como consecuencia de la violación y los ultrajes que ha padecido. En medio de una sociedad mezquina, termina despojada de todo: de su verdadera identidad, de la posibilidad de realizar su deseo de vivir en pareja con otra mujer, del dinero que minuciosamente ha acumulado para este fin y hasta de la propia vida.

Cuántas, como Nobbs, se ocultaron y siguen ocultándose tras un matrimonio infeliz, o tras variadas formas de clausura. Cuántas tías solteras purgando su culpa al servicio de familias abusivas. Cuántas historias calladas. Cuánta frustración y sufrimiento. Pienso, también, en aquellas que no solo no se cubrieron, sino que respondieron con altruismo a la segregación:

Desde muy joven, Gertrude Stein brilló en el centro del ambiente artístico y literario de su tiempo; fue mecenas de escritores y pintores. Vivió con Alice Toklas desde el mismo día en que se conocieron en 1907. La

casa de la pareja en París fue escenario de encuentro de “la generación perdida”, los artistas de vanguardia con mayor influencia en las artes y las letras del siglo xx. Ambas norteamericanas y judías, durante la Segunda Guerra fueron despojadas de su vivienda y debieron trasladarse a Culoz. Cuando Gertrude murió, su familia le arrebató a Alice la colección de arte que había heredado —Stein fue una de las primeras coleccionistas de las obras de Picasso, Matisse y Braque—. La pobreza y la mala salud dispusieron un triste final para Alice. Un dato curioso: Alice escribió un libro de cocina, y sus famosos brownies con marihuana aparecen en la película de Peter Sellers *I Love You, Alice B. Toklas!*

Contemporáneas y contertulias de las anteriores fueron Adrienne Monnier y Sylvia Beach, una pareja dedicada a los libros, promotoras de la literatura en los años treinta. Adrienne fundó a sus veintitrés años la librería *La maison des amis des livres*, con tres mil volúmenes que ya había leído, y que vendía o alquilaba, según el deseo o el bolsillo de los lectores. Así la describe Jacques Prévert:

En el número siete de la rue l’Odeon, se abrían, se cambiaban, se diseminaban o se marchitaban las ideas en total libertad, en total hostilidad, en total promiscuidad, en total complejidad. Y su propietaria, sonriente, inquieta y vehementemente, hablaba de lo que más le gustaba: la literatura; y por eso, al pasar, muchos entraban como por su casa, la casa de ella, la casa de los libros.

Un día de marzo de 1917, la estadounidense Sylvia Beach entró en ese espacio singular y allí nació una relación que duraría treinta y ocho años. Adrienne le ayudó a conseguir un local en la misma calle y a montar la célebre librería *Shakespeare and Company*. Sostuvieron numerosas revistas de vanguardia; y Sylvia financió a James Joyce y pagó sus deudas, aun poniendo en peligro su propia subsistencia. Se encargó de la primera edición y de varias reimpressiones del *Ulises*, pero luego el éxito comercial le fue ajeno porque Joyce cambió de casa editorial.

En 1941 Sylvia estuvo detenida seis meses en un campo de concentración al sur de París; la razón: haberse negado a venderle a un oficial alemán un ejemplar de *Finnegans Wake* de Joyce. A la amenaza de confiscación se siguió el allanamiento, pero cuando las tropas llegaron ya su propietaria había desmantelado la librería, lo que significó el arresto de la librera y el fin de la librería (en 1962, G. Whitman retomaría el nombre).

No es, pues, un pedazo de carne lo que está en juego, es el respeto por otras formas de ser mujer. Mi reconocimiento y mi gratitud, señoras. ■

palomaperez@une.net.co
Profesora de la Universidad de
Antioquia



Belleza impune

ANA CRISTINA RESTREPO JIMÉNEZ

No escribo estas líneas como el arqueólogo que hurga en busca de un pasado oculto, no. Salgo a caminar, y encuentro a mi paso lo que preferiría haber conocido a través de un libro de Historia o fotografías amarillentas: una mansión —con aspiraciones de templo politeísta— sostenida por columnas de estilo greco-romano; un Mercedes Benz con un mocoso al volante; y legiones de mujeres de edad indefinible, incapaces de sonreír... porque su expresión facial desapareció bajo las capas de un revoque quirúrgico.

Desde los años setenta, la cultura mafiosa ha permeado todos los estratos de la sociedad colombiana, consolidando una forma particular de estética: la del narco.

Aunque el profesor Alejandro Gaviria afirmó alguna vez que la idea de “cultura mafiosa” es un atajo conceptual simplista, bien vale rescatarla como nicho de gestación y desarrollo de un modelo de belleza, cuyo predominio en la sociedad

actual es un indiscutible triunfo cultural de la mafia.

En su lucha desesperada por parecerse a la clase alta, los narcos calcaron una de sus marcas sociales más fuertes: el esnobismo. Además, como si intentaran revivir el más puro origen del arte Kitsch, nuestros *padrinos criollos* han insistido en definir lo bello guiados por criterios consumistas.

Después de casi medio siglo del imperio de la belleza mafiosa, podemos decir que se distingue por tres rasgos esenciales: 1) Lo bello tiene que ser costoso; 2) Lo bello ha de ser exhibido en público (herencia esnob de las élites colombianas); y lo más importante y realmente exclusivo del narco, 3) Lo bello no requiere la mediación de los sentidos. La sensibilidad no hace parte de la ecuación.

Lo que empezó como una imitación ordinaria de un estilo de vida degeneró en una transgresión abierta, que se ufana de sí misma y evidencia el dominio impune de lo ilegal en nuestro medio.

Pero ¿dónde está esa belleza?

Si por un lado el consumismo nos entrenó para poseer lo bello (contemplantarlo “no es suficiente”), por otro, los narcos nos mostraron todo tipo de medios para conseguirlo. Y encontraron el mejor perifoneo en los grandes medios de comunicación.

Un ejemplo clave sería lo que el escritor Héctor Abad Faciolince llamó la “sicareca antioqueña”, y que se convirtió en un producto televisivo sobre-explotado: *Las muñecas de la mafia*, *El cartel de los sapos*, *Sin tetas no hay paraíso*.

La constante reiteración de una puesta en escena termina por legitimar las acciones que recrea.

Si vamos al campo artístico, notamos cómo para el narco la obra de arte es ante todo un medio para conseguir prestigio social y no una expresión del espíritu humano, de creación de memoria. Al rastrear en archivos de prensa, entre las posesiones incautadas a los narcotraficantes no aparece una primera edición de *El aleph*, ni un manuscrito de Tomás Carrasquilla o un acetato original de Jacqueline Dupré. Pero sí hallamos falsos rubens (a alias “Rasguño” le decomisaron dos) y descomunales obregones.

Bajo esa óptica, exhibicionista y desprendida de lo sensorial, un cuadro es bello por su tamaño o avalúo; la música, por sus decibeles o posición del cantante en las listas de popularidad; y la obra literaria... por el color de su pasta en contraste con el tono de los muebles de la biblioteca.

Arte invisible. Intrascendente. Sin alma. Pura música de ambiente.

Si miramos la ciudad, la cartografía mafiosa destruye la herencia arquitectónica urbana no solo para exhibir su éxito económico con nuevas edificaciones sino para desviar el pensamiento del ciudadano, para que la memoria colectiva acumule información basada en las acciones (¿logros?) de los narcotraficantes.

Remover y reemplazar marcas urbanas son sus métodos para imponer una visión estética y escribir “su” versión de la historia.

Hace años, con algo de humor, el columnista León

Valencia anunció el surgimiento de una nueva corriente estética a la que llamó “Narc Déco”, que había trascendido los límites de la arquitectura, interviniendo también el cuerpo femenino.

Las cirugías plásticas se convirtieron en una especie de acto tribal (como las perforaciones y ablaciones), un rito iniciático del narcotraficante para la aceptación de la mujer en sociedad. Este símbolo de estatus, que la transforma en una hipérbole ambulante, es avalado y celebrado en público con eventos como el reinado de Cartagena.

Pero la “estética mafiosa” no es la explicación de un fenómeno, sino la manifestación de una larga evolución y cambio cultural, relacionada con el *ethos*. Fueron las élites colombianas, discriminatorias y excluyentes, las que motivaron a los narcotraficantes a explotar su concepción de la estética con la esperanza de alcanzar igualdad e inclusión.

Lo que pudo ser un proceso de democratización de la experiencia estética, la empobreció. Y esta forma de lo bello bien podría llevar el mismo rótulo que el capítulo de la historia que hoy vive Colombia: impune. ■

anamcdermott@gmail.com



Tolstói y la novela histórica

LUIS FERNANDO AFANADOR

Amo y odio la novela histórica. Amo *Memorias de Adriano*, *Bomarzo*, *La cartuja de Parma*, *La guerra del fin del mundo*, tanto como odio *Alexandros*, de Valerio Massimo Manfredi y los incontables *thrillers* que utilizan la historia como decorado con fines didácticos, románticos o taquilleros. En estas últimas —toda una exitosa industria en nuestro tiempo— no hay aporte a la novela ni a la historia porque no hay ninguna pregunta al pasado, ninguna problematización desde el presente. Estuco y trama seductora: de eso se trata. Como en las películas de Celil B. DeMille.

¿Hay entonces una verdadera y una falsa novela histórica? En principio, no me gustan los absolutos ni las tajantes líneas divisorias, pero se hace necesario establecer unos criterios mínimos entre la literatura y el entretenimiento en lo que a la novela histórica se refiere. En ese proceso de revisión hay que ir hasta el

comienzo, es decir, hasta *Guerra y paz* de León Tolstói, el origen y el modelo de la novela histórica que en realidad importa.

En *Guerra y paz* tenemos la acción y la reflexión. Están los hechos y los personajes alrededor de la invasión napoleónica a Rusia y están, también, entreveradas, las opiniones omniscientes de Tolstói a lo largo de la obra y en un célebre capítulo final, realmente un ensayo en el que el autor expone in extenso su teoría de la historia. Flaubert no estaba de acuerdo con ese autor entrometido —de hecho, funda la novela moderna anulándolo—, pero los lectores de hoy no debemos despreciar la riqueza de esas reflexiones que inspiraron el famoso libro de Isaiah Berlin, *El erizo y la zorra*, y seguirán inspirando muchos más.

“El objeto de la historia es la vida de los pueblos y de la humanidad. Pero es imposible abarcar y describir con palabras la vida, no ya de la humanidad entera, sino de un pueblo”. Así empieza el célebre capítulo final, señalando de entrada la dificultad del tema. Para Tolstói, la historia no se explica por los designios divinos de los reyes, como tampoco por la voluntad de los grandes personajes, aunque se trate de Metternich o del mismísimo Napoleón: “Cuando decimos, Napoleón quiso y emprendió la campaña de Rusia, esa voluntad, a lo largo de toda su actuación, en nada se manifiesta; vemos diversas series de órdenes o manifestaciones diversas e indeterminadas de su voluntad; de la infinita serie de órdenes promulgadas por Napoleón para la

campaña de 1812 hubo algunas que se cumplieron no porque se diferenciaban de otras que no fueron cumplidas, sino por coincidir con los acontecimientos que llevaron a Rusia al ejército francés”. En otras palabras: lo que quería Napoleón era invadir a Inglaterra pero los acontecimientos, la fuerza de los hechos, las circunstancias, lo llevan a Rusia. Resulta claro: para Tolstói es muy pobre el papel que juegan los héroes o los grandes personajes en los acontecimientos históricos. Sus tesis son opuestas a las de Carlyle, quien creía en el protagonismo decisivo de “los grandes hombres”. En su crítica a estos como hacedores de la historia se asemeja a los marxistas. Aunque la distancia con ellos también es abismal: Tolstói intuye unas leyes secretas que mueven la historia pero cree que nunca llegaremos a conocerlas. El conde finalmente es un escéptico, al igual que Pascal, Schelling o Chateaubriand. Para él, el mundo no puede llegar a conocerse. En realidad era un discípulo de Schopenhauer: la impotencia de la voluntad humana choca contra las leyes inflexibles del universo.

Por medio de los personajes de *Guerra y paz*, Tolstói logra plasmar de mejor manera sus ideas sobre la historia. En la batalla de Borodínó, Pierre Bezukhov no ve sino confusión y desorden, unos hechos accidentales sin causa, ajenos a la voluntad humana. El príncipe Andréi piensa que el zar Alejandro y sus asesores dan órdenes en el vacío, alejados de lo que ocurre de verdad. Lo que me inquieta no es —como

a Flaubert— si Tolstói lo hace mejor como novelista o ensayista —a mi juicio es absurdo extrapolarlos— sino por qué el escritor enamorado de la diversidad, de la particularidad y la vida concreta, se preocupa tanto por encontrar una teoría que explique el sentido último de la historia y del lugar de los seres humanos en ella.

Isaiah Berlin fue el primero en interesarse por esta paradoja de Tolstói y, como es sabido, la resolvió con otra paradoja maravillosa, la del erizo y la zorra, tomada de Arquíloco, el poeta griego de la antigüedad. “Muchas cosas sabe la zorra, pero el erizo sabe una sola y grande”. Hay pensadores y artistas que tienen una visión dispersa y múltiple de la realidad; hay otros cuya visión es sistematizada y central. Los primeros estarían en la categoría de zorras, y en ellos Isaiah Berlin ubica a Shakespeare, Aristóteles, Montaigne, Molière, Goethe, Balzac y Joyce. Los segundos, son los erizos: Dante, Platón, Hegel, Dostoievski, Nietzsche y Proust. Según Berlin, en Tolstói conviven a la vez el erizo y la zorra, el escritor fascinado con la particularidad de la vida, con lo diverso y con lo inexplicable, y el que intenta encontrar una explicación al movimiento de la historia.

Tolstói fracasó en su intento totalizador, es mejor como zorra que como erizo. Es mejor cuando tiene intuiciones concretas que cuando intenta entender las razones de la batalla:

—¡A tierra! —gritó el ayudante.

El príncipe Andréi siguió en pie, indeciso. La granada, humeante, giraba como una

peonza entre él y el ayudante, tumbado en tierra, en el borde del sembrado y el prado junto a la mata de ajenjo.

“¿Es la muerte?”, pensó el príncipe Andréi, mirando con expresión nueva y ojos envidiosos la hierba, la mata de ajenjo y el humo que se desprendía de aquella gigante pelota negra.

“No puedo, no quiero morir, amo la vida, amo esta hierba, la tierra, el aire...”.

Fracasó como erizo, no encontró la respuesta, pero no legó su entusiasmo desahogado por interrogar la historia. Una buena medida para saber cuál es la novela histórica que de veras importa. ■

lfafanador@etb.net.co



La historia de una búsqueda

ÁLVARO VÉLEZ

Con estéticas tan variadas como los mismos autores que las dibujan, la historieta ha demostrado ser una manifestación muy versátil, pero al mismo tiempo —y esto es lo que resulta más interesante— con una variedad tal de temas y tipos de narraciones que ya es imposible no pensar que esta manifestación está a la altura de las artes que se consideran mayores.

Después de leer un relato apasionante, triste y tremendamente emocional sobre la relación de un padre y su hijo, y las experiencias de ese progenitor en un campo de concentración Nazi, en la novela gráfica *Maus*, de Art Spiegelman; además de las historias de un par de adolescentes que empiezan su adultez con tropiezos, en medio de una Norteamérica tan extraña como enferma, en *Ghost World* de Daniel Clowes; o la historia personal de una mujer iraní que crece en medio de las épocas convulsionadas del cambio

de régimen del Sha al Ayatollah Jomeini, en la obra *Persepolis* de Marjane Satrapi; pasando por el delicado encanto de los dibujos y los ejercicios narrativos que enfatizan la sensación de soledad y las dificultades de la vida moderna, en *Jimmy Corrigan* de Chris Ware; o la simpleza del trazo de los dibujos de Jason en una obra en donde una frase desencadena el desastre: *Hey, wait...*; no puede esperar uno menos para los nuevos autores de la historieta, pues con solo mencionar cinco maravillosas obras de los últimos veinte años, dentro del enorme caudal de grandes libros en cómic, el panorama es cada vez más emocionante.

Y lo lógico sería que siguieran produciéndose obras cada vez más elaboradas, más osadas en sus historias, más extrañamente mezcladas con esa serie de cuadritos dibujados. Justamente una de esas extrañas pero gratas sorpresas es *Logicomix* de Apostolos Doxiadis y Christos H. Papadimitriou (editada en español por la editorial Sins Entido de Barcelona, 2011). Se trata de la historia de una búsqueda, de encontrar los fundamentos de las matemáticas, de tratar de darle una explicación al mundo en un periodo tan convulso como el de la Europa de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, y los años entre las dos guerras mundiales.

El protagonista principal de la historia es Bertrand Russell —filósofo, matemático, lógico y escritor—, quien nos conducirá por los caminos de la matemática del siglo XIX y principios

REVISTA
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA



/revistaudea



@revistaudea

www.udea.edu.co/
revistaudea



del siglo XX, presentándonos a algunos de sus colegas (Gottlob Frege, Ludwig Wittgenstein, David Hilbert, Kurt Gödel, Henri Poincaré) y el movimiento científico de la época. Pero el relato está construido en tres tiempos: un tiempo del presente en donde los creadores del cómic, Apostolos Doxiadis, matemático de la Universidad de Columbia, y Christos H. Papadimitriou, profesor de informática de la Universidad de California, discuten con los dibujantes del proyecto Alec Papadatos y su esposa Annie Di Donna acerca de cómo debe desenvolverse la trama de la historia, que a su vez es contada por Bertrand Russell en otro tiempo de la narración, durante una conferencia pacifista en contra de la Segunda Guerra Mundial. Y en dicha conferencia Russell recuerda los momentos de su infancia hasta su adultez, su formación en las matemáticas y sus descubrimientos, además de los de sus colegas en ese campo. Se trata entonces de un recorrido personal y profesional, de unos sesenta años, por la vida de Bertrand Russell, y todo dentro del contexto político y científico de la época. Pero más aún es un intento por encontrar la verdad absoluta de la matemática y tratar de desarrollar un sistema lógico que explique los conflictos sociales y políticos de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Russell trata de llevar la lógica matemática a una especie de explicación del mundo social, una suerte de lógica filosófica como una fórmula que le permita entender el comportamiento

de las sociedades. Su intención es impedir que, una vez más, un conflicto armado de carácter mundial cree un nuevo baño de sangre. Pero su búsqueda parece infructuosa; sin embargo, durante la misma encuentra otro tipo de experiencias, que son las que va contando en esa conferencia en contra de la guerra, frente a los pacifistas norteamericanos, y que nosotros vamos leyendo en *Logicomix*, en una serie de viñetas dibujadas.

Logicomix no es una obra fácil de leer, en necesario devolver páginas, releer, tratar de entender conceptos de las matemáticas que nos son ajenos a muchos lectores. Pero, a pesar de eso, es en conjunto una obra apasionante y acompañada de una estética más bien convencional, pues se trata de un cómic dibujado con contornos en tinta y colores planos (Alec Papadatos y Annie Di Donna vienen de la animación europea) que no ponen obstáculos a la densa narración. Es una puerta más que se abre en el inmenso mundo de posibilidades de la historieta, la opción quizás de hacer ensayos históricos y científicos, incluso de más hondo calado que lo que en ella se presenta de manera excepcional. ■

truchafrita@gmail.com



Oración del silencio

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ

Yo quería hablarles de esta renuncia. Del silencio de hombres y mujeres que encuentran la paz que no hay afuera, adentro, en el único estado creado para todos los seres del universo, la intimidad. Alejados del ruido y la palabrería. Poco entendemos en Colombia la cultura silenciosa, porque nos obliga a profundizar más allá de la palabra. Porque nos exige convertirnos en el otro para entenderlo desde nosotros mismos. Nos hemos encargado, por el contrario, de pordebajear todas las expresiones del silencio, todas las formas culturales moldeadas por la geografía y el paisaje humano en su enorme diversidad y mestizaje. Confundimos el valor con el precio, el gusto con el estilo y el silencio con la mudez, pero son cosas distintas.

Palabras de Simón Hosie, arquitecto que diseñó la Casa de la Cultura de El Salado (Bolívar).

La ciudad se despierta y con ella el interminable parloteo, el rugido del tráfico, los pitos iracundos, las radios encendidas, las comunicaciones a distancia, la televisión, la música estruendosa, las llamadas al teléfono.

Y como quien tiene una larga sed que no se quita, uno añora el silencio.

Esta época rápida y aleatoria es bulliciosa; un bullicio laberíntico, sin norte, sin alegría, un bullicio que no es fiesta ni cuerpo con espíritu; más bien es venda, trampa, subterfugio a la mentira que encarnamos. A las dos de la madrugada, a lo lejos, gente enardecida parece querer cantar, pero aúlla, no sé qué melodía. Nadie quiere al silencioso, su comportamiento les parece amargura, malquerencia o algo así. No entienden al silencioso ni al silencio. Tal vez en ellos encuentren su sombrío rostro invertido: uno que no se calla porque teme encontrarse al final en el espejo, porque teme hallar un vacío inconmensurable. Y, eso, debe ser aterrador. Total, pertenecemos a la era de las comunicaciones frenéticas, de las redes sociales. Nadie admira al silencioso.

Pero en el silencio más profundo florece el bosque, las visiones. Los ángeles suelen acercarse en el silencio, por eso les gusta la noche, lo mismo que a todas las ánimas perdidas. En el silencio más profundo la sangre bombea con su tambor constante y podemos volvernos uno con nuestro corazón. Si se abren los ojos, el mundo suele detenerse en el silencio; los pájaros se quedan estáticos, escuchando nuestra callada voz; los gatos nos acechan con su mirada de constelaciones; es muy probable que escuchemos otras galaxias. El mar nos saluda a pesar de nuestro encierro entre montañas.

Nos volvemos buenos en el sentido más inocente: no desear

ni aspirar a nada. Solo al silencio, como a la muerte. Una muerte íntima, porfiada. Si no entendemos el silencio, no entendemos, pues, la muerte, su lenta música.

Poco a poco el silencio se va enseñoreando, imperceptible. La boca se cierra, cerramos las puertas. Oramos al silencio, no en el silencio, lo hacemos dios y guía. “Dame el silencio”, pedimos al silencio. “Acállame”, suplicamos. Luego llega la sordera plena de acufenos que muestran que estamos en otro lado, de vuelta en la cabeza, en contacto con los pulmones, cerca de ese lugar cálido que somos nosotros mismos, desconocidos... Y como quien no escucha nada y se aterroriza, queremos salir de allí, del silencio y hablamos, gritamos... El viejo animal atrapado que pide comunicarse.

Pero al fin llega la noche y la ciudad se aquieta, se duerme cansada de tanta carrera y de tanto alarido, prepara sus noticias de la mañana. La noche es extraña, siempre. El silencio se levanta enorme y se recuesta sobre nosotros, amoroso, inmenso, para que durmamos sumergidos en el silencio más verdadero. Cada célula se ata a nuestro silencio y cambia, se transfigura, se renueva y se llena de viejas telarañas. Cada átomo y partícula oran en el silencio de la noche, ya no en nosotros, lejos de nosotros pero en nosotros mismos. Y, al fin, dormimos. ■

claudiaivonne09@gmail.com



Las tardes de los domingos

LUIS FERNANDO MEJÍA VÉLEZ

Sobran las tardes de los domingos. Con precisión: luego de las 2 p.m., cuando la luz del día imperturbable y soberana se impone sobre los espíritus, incluidos los más valientes, creativos y alegres. El tedio cubre el universo de cada persona, factor de riesgo para incurrir en las peores decisiones individuales. Desde acabar un matrimonio hasta iniciar otro.

En esos días, después de las dos de la tarde, cualquier cosa fatal puede ocurrir y esto es un acontecimiento. Pero, la verdad, comúnmente no pasa nada. Se requiere de la máxima voluntad para divorciarse de la pareja o para optar por otra. Todo se queda en un mal pensamiento. Lo normal es enfrentar una espesa neblina, casi oscura, de mollicie que inmoviliza, que petrifica las ideas encargadas de otorgar bienestar. En estas horas no hay nada para hacer aunque nada esté hecho.

Nadie propone algo efectivo contra estas interminables horas. Los políticos saben que es más rentable hablar de la injusticia,

los curas son expertos en temas divinos y no en los mundanos domingos, a los empleadores solo los preocupa la obligación de pagar con recargo el trabajo dominical, y los intelectuales se consideran exentos de ejecutar acciones, viven trabados en sus sofisticados conceptos.

En los domingos por la tarde “Dios bosteza”, lo percibe el escritor español Carlos Almira Picazo, y tal vez a lo mismo se refería Piedad Bonnett cuando describe este tiempo como “domingos de ciudad / rudo bostezo al sol adormecido”. Borges, en Camden, en 1982, corrobora lo dicho al pensar en “el olor del café y de los periódicos, el domingo y su tedio”. Y el poeta Ángel González Muñiz le canta perturbado: “Domingo, flor de luz, casi increíble día / bajas sobre la tierra como un ángel inútil y dorado”. Parece que muchos han vivido los estragos del último día de la semana cuando ningún libro da con un lector entusiasmado.

Los lunes podrían muy bien comenzar los domingos después de las dos de la tarde. Se hablaría, entonces, de los domingos lunes que van desde la hora anterior hasta las doce de la noche de los viejos domingos. Un poco enredado al comienzo pero la costumbre lo convertirá en asunto natural. Por supuesto, la jornada laboral seguiría iniciando los lunes-lunes. Este es un aporte práctico de alguien que no es político, ni cura, ni empleador; solamente envidia a los intelectuales.

Para empezar la ejecución de la anterior propuesta, la expresión domingo lunes se usaría

para registrar lo poco que ocurre en los desvelados domingos después de las dos de la tarde. Sin embargo, por lo menos en el lenguaje la gente despediría tempranamente las horas de un día cómplice de sensaciones amorfas que nunca logran la felicidad ni el dolor. Paulatinamente el tedio abandonarían los domingos, su residencia habitual.

Decirle adiós a un interminable domingo sería el primer cambio cultural de este siglo. Un grito de libertad que salva a la humanidad de una porción grande de tan pesado día. Un grito de independencia mental, una conducta amistosa con el medio ambiente, que destierra un tóxico, por lo demás contagioso. Basta recordar a algunas personas ya infectadas: parecen un domingo después de las dos de la tarde. No transmiten alegría ni tristeza. Más que cuerpo poseen un bulto. Más que ideas vocalizan estribillos. No provocan amores ni odios, solamente alguna molestia. Fácilmente se confunden con un semoviente, sin ser útiles como una vaca. Nunca se sabe cómo aparecieron y nunca se sabe cuándo se van.

La verdad es que la gente parecida a una tarde de domingo viene creciendo, algo así como una pandemia insípida. No viven; existen. No se sabe qué hacer con ellos. Cada uno es un sopor con traje humano. Son modorras que comen, conscientes de su naturaleza, pero eso poco les importa. Se asemejan a un televisor prendido el día entero.

Cortar de un tajo el pedazo de domingo sobrante sería muy benéfico para la salud social.

Las semanas no estarían amenazadas con un final mediocre, propicio para cavilaciones malasanas, ajenas a la búsqueda de la comodidad consigo mismo. La vitalidad prevalecería sobre la atonía. Se contribuiría en la tarea propuesta por Nietzsche cuando afirmó que “el hombre es algo que debe ser superado”, lo que no aceptarían quienes se ufanan de ser dueños de una calidad humana inmejorable, seres que siempre pretenden representar a los demás.

El filósofo alemán debió haber conocido muchos individuos similares a un domingo después de las dos de la tarde y fue por ello que consideró al bípedo humano como “algo”, elemento perteneciente al reino mineral o, con algún esfuerzo intelectual, integrado al mundo vegetal, lejano al animal. El pensador ya se dará cuenta en su tumba cómo se transformará la cosa cuando comiencen a funcionar plenamente los domingos lunes, toda una revolución pacífica, como gusta ahora. Se irá tomando distancia de los “tediosos domingos de la muerte”, en palabras de García Márquez, cuando describía las conversaciones entre José Arcadio Buendía y Prudencio Aguilar. ■

lfmejia@udea.edu.co

